

LA CHAMA, UN MITO GUAJIRO

Por ROBERTO PINEDA GIRALDO.

Queremos presentar por la primera vez en la literatura escrita, estos pocos cuentos guajiros que logramos recoger entre los indígenas de la Península guajira, en expedición que a aquel territorio realizamos por comisión del Instituto Etnológico Nacional en los meses de julio, agosto y septiembre del presente año.

Si ellos pecan por descuido en la narración, o por situaciones un tanto difíciles de entender, ello se debe no a intención deliberada de nuestra parte, o a falta de cuidado, sino simplemente al hecho de que, como la mayoría de ellos fueron tomados directamente en lengua guajira, el desconocimiento que aún tenemos en gran parte de la misma, nos ha impedido dar una traducción más suelta, más ágil, y nos ha obligado a limitarnos a una transcripción casi literal, con la sola libertad de acomodar el orden de las oraciones lo mejor posible, para que al menos queden comprensibles en nuestro idioma.

Nuestra intención, al publicarlos, es simplemente el de presentar escuetamente un material de primera mano, que haga conocer siquiera sea en mínima parte la literatura popular del indio guajiro. Nos privamos, por la misma razón, de hacer un estudio comparativo, y sólo haremos una o dos referencias a lo que nos parece más allegado con estas narraciones, dentro del folklore colombiano, pero en términos generales, y sin entrar en consideraciones de detalle, lo que nos reservamos para un próximo artículo, más extenso y detallado sobre algunas leyendas colombianas y su posible origen.

Razones de carácter puramente técnico nos impiden por algún tiempo, hacer una publicación completa de los textos guajiros recogidos, con su correspondiente traducción, y las anotaciones de carácter lingüístico a que haya lugar, textos que incluyen no sólo estos cuen-

tos que ahora publicamos, sino narraciones más o menos extensas de hechos reales ocurridos en la vida del indio, matizados algunos de ellos con sus creencias primitivas sobre la aparición maléfica de los familiares muertos. Pero ponemos a disposición de los interesados en estos documentos, nuestra colección completa que reposa debidamente clasificada en los archivos de lingüística colombiana aborigen del Instituto Etnológico Nacional.

Otra aclaración: Hemos dejado el nombre indígena que señala el ser mítico que actúa en estas narraciones —*chama*— por no encontrar una palabra adecuada en castellano que corresponda exactamente a ese complicado concepto. Es cierto que los indígenas ya un tanto civilizados que tienen nociones suficientes de nuestra lengua, lo traducen como *bruja*, con la que en realidad tiene algunas características semejantes, aunque en otras se aparta totalmente de ella. Esta traducción de *bruja*, no es más que la que le han dado los individuos de habla española que viven o han vivido en la Guajira, para referirse a ella en sus conversaciones. Nosotros, como lo advertimos, seguiremos utilizando la palabra indígena *chama*.

La *chama*, pues, es un ser mitológico que embarga la imaginación del indígena guajiro, que determina muchas de sus actuaciones, muchos de sus comportamientos frente a determinadas circunstancias y determinados hechos, y que puede equipararse, aunque con algunas reservas, a la *madre monte* o *madre selva*, tan enclavada en la creencia de los campesinos y gentes sencillas de Colombia en general ¹, y con mayores reservas a la "bruja", ser conocido y criticado universalmente.

La *chama* la describen los indios en su forma primera y real, es decir, en la que generalmente tiene cuando no se cumplen sus frecuentes transformaciones personales, como una anciana de pelo grueso y largo, tan largo que alcanza a bajarle hasta los tobillos. Su cara no presenta ninguna diferencia con la de una mujer vieja normal, pero en cambio los senos, aunque están colocados en el mismo punto anatómico de las mujeres, se distinguen de los normales por su prolongación exagerada, a manera de dos grandes apéndices que cuelgan

¹ Para tener referencias más completas sobre la "madre monte", véase nuestro artículo "Etnología y Folklore", publicado en el número 1 de esta revista, pp. 11.

hasta la rodilla —dos tetas muy largas, dicen los indios—. A más de esto, la *chama*, en esta caracterización que estamos describiendo, es ciega, pero en compensación, su olfato muy desarrollado le permite distinguir a distancias considerables la presencia de los hombres.

Una de las apreciaciones más interesantes de este engendro es el valor medicinal de su pelo. El indígena está convencido hasta la evidencia de ello, y asegura que no hay mejor remedio para la bronquitis que la infusión de pelo de *chama*. No sabemos en qué fundamentan esta creencia, pero se nos aseguró, en cambio, que los hombres de la casa son los que deben ir al monte en busca de la *chama* y valiéndose de todas las artimañas posibles, arrancarle o cortarle un pedazo de sus cabellos para curar al niño enfermo de bronquitis. Esta es una operación muy arriesgada, pues el individuo, si no anda muy atento y avisado, puede perecer a manos de la vieja *chama*.

Las otras características que completan su personalidad cambiante, son las siguientes.

a) La pérdida temporal de la figura siniestra que se le atribuye, combinación maléfica de mujer y animal, para transformarse en una preciosa señorita —majayura, en lengua india—, para apoderarse de algún mocetón guajiro del que se ha enamorado;

b) La facultad de trasladarse en el acto de un lugar a otro, no importa la distancia, de acuerdo con sus deseos o las necesidades que la obliguen a ello. Es decir, que para la *chama*, cuando así lo necesite, no existen los factores determinantes de tiempo y espacio;

c) La antropofagia, pues tanto ella como sus familiares —hombres y mujeres, ya que tiene hermanos y hermanas— gustan de comer carne humana. A través de los relatos que publicamos a continuación, puede verse cómo siempre hay la intención, y a veces el hecho cumplido, de apresar un indio para comérselo, si no la *chama* directamente, que acaba generalmente por enamorarse, sí sus hermanos y familiares;

d) La capacidad de vivir en el mundo común de los indígenas, como una mujer cualquiera, y tener hijos de sus relaciones con los varones guajiros;

e) La pérdida de su ceguera cuando toma la figura de una india señorita;

f) El poder de transformar los animales y los objetos materiales a su acomodo, como puede verse muy claramente en uno de los relatos;

g) La familia de la *chama*, fuera de su carácter antropófago, posee la cualidad de poderse convertir en un ser inanimado o en un animal cualquiera, especialmente carnívoro como el tigre, para llevar a feliz término sus siniestros planes.

h) Los únicos afectados por los peligros que presenta la *chama*, directamente, son los hombres, pues ellos, ya como buscadores del pelo de *chama* para la medicina, ya como jóvenes de quienes se ha enamorado la *chama*, son los que están en contacto directo con ella;

i) Ningún hombre que, por determinadas circunstancias haya visitado la mansión de una *chama* que generalmente se describe situada entre las rocas en las partes altas de las sierras, puede narrar lo que ha visto, porque entonces sufrirá las consecuencias de su desacato, recibiendo algún maleficio por parte de la *chama* que no deja de hacer efectiva su venganza.

Como puede verse por todo lo anterior, y como podrá observarse a través de los relatos, toda la vida y todas las actividades de la *chama* están impregnadas de un poder sobrenatural, que es el que marca ciertamente el temor que el indígena tiene a estos seres nacidos de la imaginación de sus antepasados, pero para él tan presentes, tan actuantes y tan vivos como él mismo.

El primer relato se ve mezclado admirablemente con el folklore típicamente colombiano, y en ello han influido, según nuestro criterio, por una parte la evangelización que llevan a efecto los reverendos padres de la Misión Capuchina en la Guajira; y, por otra, los contactos culturales a que está sometido desde hace varios años el indígena de la Guajira, sobre todo en ciertos poblados, con elementos mestizos o mulatos, especialmente los procedentes de las zonas litorales del Atlántico, tanto de los departamentos costeros de Colombia, como de los estados venezolanos, todos ellos influenciados grandemente por la cultura negra que tuvo bastantes representantes en toda esta zona geográfica de Sur América.

El último cuento que aparece publicado en este artículo, bajo el mote "La Zorra y el Conejo", no tiene nada que ver con el ser mitológico origen de estas notas. Lo hemos publicado, solamente por dar cabida a todo lo que tenga un sabor verdaderamente folklórico en la

Guajira, evitando con ello que quede reducido a una simple noticia de archivo.

CUENTO NÚMERO 1, narrado por *Clara Elisa Ortiz*, mestiza de Nazareth. 17 años. Educada en el Orfelinato de la Sagrada Familia.

Había un matrimonio indígena que tenía dos hijos: un niño y una niña. Un día murió la madre y el padre se casó entonces con otra india; quedó así con sus hijos y la nueva mujer. Pero la madrastra no quería a los dos niños y les daba muy poquita comida, mientras al marido le servía raciones suficientes. Los dos niños le pedían entonces al papá cuando estaba comiendo, pero como a la madrastra no le gustara eso, resolvió esconderlos a las horas de comida de su marido. Al padre le dijo que los escondía porque ellos eran muy golosos, y viendo entonces el padre que no podía mantenerlos con la comida que llevaba a la casa, no hallaba qué hacer, hasta que cierto día, resolvió llevarlos al monte; antes de salir dio a cada uno de ellos un poco de maíz en una mochila.

—Vámonos al monte a buscar miel de abejas, dijo el padre a los hijos, y tomó un hacha y se fue con ellos. Cuando estaba ya bastante lejos encontró un árbol que tenía un panal de miel y lo cortó.

—Quédense aquí tomando la miel, mientras yo voy a buscar otro, y entonces les gritaré para que nos reunamos.

Pasaron las horas y viendo los niños que ya era tarde y su padre no los llamaba, comenzaron a gritar para ver si les contestaba, pero no oían nada.

El maíz que les echara el padre en las mochilas al salir de la casa, lo habían ido regando por el camino, como éste les dijo, para poder encontrar el regreso a su casa; pero las aves se comieron el maíz.

El varoncito, cuando ya se estaba oscureciendo, pues eran las cinco de la tarde y ellos no podían salir del monte, subió entonces a lo alto de un árbol muy grande. Desde allá gritaba fuertemente: ¡papá!, para ver si su padre le respondía; pero nadie contestaba. Bajó del árbol y dijo a su hermanita: —vámonos a coger el camino que señalamos con el maíz.

Tomaron el camino pero cuando iban un poco adelante no encontraron el maíz ni supieron cuál era el sendero que conducía a su casa, porque había varios.



—No podemos irnos de aquí sin saber cuál es el camino, dijo el niño.

Mientras tanto, el padre ya había llegado a la casa.

Los niños subieron otra vez al árbol y vieron como la luz de una candela por allá lejos.

—Por allá queda la casa, dijeron, y se fueron y subieron más allá a otro árbol, y no vieron nada. Caminaron y subieron a otro árbol, y divisaron de nuevo la luz que habían visto antes, y siguieron entonces caminando hasta llegar a ella.

Cuando se acercaron, vieron que esa no era su casa, sino la de una vieja, y observaron que en el fogón había un caldero grande con "friche" ¹ (fritanga); entonces dijo el niño a la niña:

—Vámonos hasta el fogón que allá hay un caldero.

—¿Y esto qué será?, dijo la niña, y cogiendo una presa se la comió.

Continuaron comiendo, pero como el friche estaba muy caliente, tomaron un cucharón, que por descuido de los niños hizo ruido contra el caldero, y entonces la vieja dueña de la casa que era ciega y tenía un gato, pensando que era éste el que hacía el ruido con el caldero gritó:

—¡Zape gatol, ¿qué estás haciendo con lo que estoy cocinando en el caldero?

Y los niños reían, pero no podían soltar la risa porque entonces la vieja se daba cuenta de que eran ellos. Otra vez sonó el cucharón y la vieja gritó:

—¡Zape gatol

Ellos metieron otra vez el cucharón y sonó muy duro, entonces la vieja dijo —¡zapel, y tiró una piedra y los niños se echaron a reír a carcajadas.

—Creíamos que la vieja nos veía, dijeron ellos. Y la vieja al oírlos:

—¡Ah! llegaron mis nietecitos, y los cogió.

Los llevó adentro de la casa; los bañó en una batea; les restregó bien la mugre en poca agua y luego los obligó a tomar el agua en que se habían bañado, colocándolos después debajo de un tambor (tóm-por, caneca de hierro) grande, y pronto llegaron los hijos de la vieja

¹ Las entrañas de ciertos animales, fritas y condimentadas.

que se habían ido a cazar venados. Percibieron el olor de los niños y dijeron:

—Por aquí huele a melón.

La vieja les dijo que no había melón, que de dónde iba ella a sacarlo; que fueran a comer al caldero lo que ella había cocinado.

—Váyanse otra vez al monte a cazar venados, les dijo, y ellos obedecieron y se fueron.

Entonces la vieja lavó el caldero y le dijo a la niña:

—Vaya a aquella fuente a buscar agua, y le mostró un sitio junto a unas rocas.

Cuando la niña estaba recogiendo el agua vio a una señora que tenía un niño en sus brazos, y que caminaba por encima del agua. La señora dirigiéndose a la niña le dijo:

—¿Qué estás haciendo? ¿Para qué quieres agua?

—La vieja chama la necesita. No se qué irá a cocinar con ella respondió la niña.

—¿En qué lo va a cocinar?, preguntó la señora.

—En la casa tiene un caldero grande y en eso es en lo que va a echar el agua para cocinar.

—Pobrecita de ti, dijo la señora, tú estás inocente de lo que va a hacer contigo.

—¿Qué me va a hacer, si me quiere mucho?, dijo la niña.

Es que ella va a hervir el agua. Cuando esté hirviendo pondrá una escalera, y encima una rueda para que vosotros baileis en ella, dijo la señora, y eso es para que os caigais en el caldero, y entonces cocinaros para que os coman sus hijos que están en el monte.

La niña se puso muy triste, pero la señora la consoló diciéndole:

—No te pongas triste. Cuando os diga que baileis, decidle vosotros que baile ella primero, y cuando lo haga, cogedle entonces la manta atrás, para que sea ella la que caiga entre el caldero.

—Así lo haremos, dijo la niña.

La señora entonces desapareció como había venido.

La niña trajo el agua a la casa y la vieja les dijo:

—Vayan, ahora, los dos, a buscar leña al monte.

Por el camino, la niña contó a su hermano lo que le había sucedido, y éste no le creyó, pero cuando estaban recogiendo la leña volvió a aparecerseles la señora y les preguntó:

—¿Qué queréis hacer con esa leña? ¿Qué váis a cocinar con ella?

—La vieja chama nos mandó por ella pero no sabemos para qué es.

—Esa leña es para el fogón, para hervir el agua que llevó la niña, que es para cocinaros a vosotros, dijo la señora. Ya está arreglada la escalera y la rueda en que vosotros váis a bailar. Vosotros no debéis bailar, porque la vieja lo que quiere es mataros y comeros después. Si os dice: "Suban para bailar", contestadle: "Es que no sabemos bailar; sube tú primero para que nos enseñes", y ella entonces os hará caso. Vosotros tenéis que agarrarle entonces la pata para que se vaya al agua dentro del caldero, y echarle después bastante candela al fogón para que se cocine ligero. Cuando ya esté bien cocinada debéis cogerla, partirle la cabeza y los animales que tenga adentro, os los lleváis para vosotros. Y ahora, ¡marcháos!

Esa aparición era la Virgen.

Cuando estaba hirviendo el agua la vieja, tal como lo había anunciado la señora, dijo a los niños que subieran por la escalera y que bailaran en esa rueda que estaba encima del caldero.

—Baila tú primero, para ver si aprendemos, dijeron los niños.

—Tenéis que bailar así, dijo la vieja. Yo lo hago despacio, porque ya estoy muy anciana, pero vosotros tenéis que bailar ligerito.

—¿Cómo podemos hacerlo ligerito, si tú no lo haces? Hazlo ligero, para nosotros poderlo hacer lo mismo, dijeron.

La vieja lo hizo, y cuando estaba bailando, los niños le cogieron una pierna y la vieja se fue al fondo del caldero; entonces ellos echaron bastante candela al fogón y cuando ya estaba bien cocida, le cogieron la cabeza, la partieron, y hallaron dentro de ella dos perros y dos huevos de gallina. Los tomaron y se fueron y cuando iban saliendo, llegaron los hijos de la vieja.

—¿Y la comida para nosotros?, preguntaron.

—Está dentro del caldero, contestaron los niños y se fueron.

Los hijos de la vieja comenzaron a comer y el gato habló entonces para decirles que lo que ellos estaban comiendo era a su mamá. Los hombres tomaron sus flechas y se fueron detrás de los niños para alcanzarlos y matarlos.

Camino adelante los alcanzaron, pero el niño tiró un huevo al ojo de uno de los hombres y la niña el otro huevo al ojo del otro hombre, y ambos quedaron ciegos y no pudieron perseguirlos más.

Andando, andando, llegaron los niños a un palacio de un rey.

A este palacio llegaba siempre una culebra grande y fiera que devoraba a toda la gente, no quedando en él más que el rey y su hija.

El rey recibió a los niños con cariño y los hizo entrar a la casa, con los dos perros grandes y hermosos que habían sacado de la cabeza de la chama y que los acompañaban.

—Estos perros deben ser buenos cazadores, dijo el rey.

—Sí lo son, respondió el muchacho.

—En la ciudad hay una culebra fiera que devora a toda la gente, y sólo falta mi hija por ser devorada. Si matas con tus perros la culebra, mi palacio será vuestro, y mi hija para ti, dijo al muchacho.

Al siguiente día vino la culebra como de costumbre y los niños al verla azuzaron a los perros y los mandaron a matarla. Los perros se tiraron encima de ella y la mataron.

El rey cumpliendo su palabra, les dio el palacio.

La hija del rey se casó con el muchacho.

CUENTO NÚMERO 2, narración tomada directamente en guajiro, de labios de *Ana Isolina Ipuana*, india de Jarara residente en Nazaret. Versión castellana.

Había un indio rico que quería mucho sus caballos, y por lo mismo los cuidaba con esmero. Un día que los estaba recogiendo, la chama, que se había enamorado de él, se le presentó en figura de una hermosa señorita. El indio le preguntó si había visto esos caballos y ella le contestó que por ahí cerca había visto uno. A su turno, ella le preguntó si había visto un burro y él le respondió que no. La chama, entonces, llamó a una compañera suya, y entrambas se llevaron al hombre a unas rocas que quedaban en una sierra, y que parecían una casa.

En esa cueva a donde llevaron al hombre había mucha gente más de la familia de la chama, que quería matar y comerse al indio.

—No me mates, dijo él a la chama. Pero los demás decían, comámonoslo.

El indio dijo a la chama: —No me hagas nada. Si es que me quieres vayamos a mi casa que allá estaremos mejor.

La chama accedió, y se fueron. Tuvieron un niño, pero después el indio se enamoró de otra mujer, y la chama, que era bruja, conoció sus pensamientos.

Un día se quitó toda la ropa que el indio le había dado; dejó todas las cosas que el marido le había conseguido para la casa; escogió un burro muy feo, lo esterilló con una esterilla tan fea como el burrito y se marchó, llevando consigo unas ollas tiznadas y rotas, y al hijo habido con el indio.

En el camino por donde ella pasaba había una "casimba" ¹ y ahí estaba el indio con la otra mujer, que le dijo:

—¡Miral, ahí está tu mujer y se va a llevar a tu hijo.

—Qué me importa, replicó el indio.

Pero era por decirlo, nada más, porque inmediatamente cogió un caballo, lo ensilló y se fue detrás de ella.

Gastó cinco días y cinco noches consecutivas caminando sin poder alcanzarla, hasta que se le cansó la bestia. Se bajó entonces de ella, y la dejó, junto con su rifle, con los arreos y con todas sus alhajas y se fue a pie.

La bruja convirtió entonces al burro feo que llevaba en otro gordo y lucido; las ollas tiznadas y rotas, en mochilas hermosas; la esterilla fea, se convirtió también en una nueva y bonita y la manta sucia, fea y rota con que había salido, en una roja, nueva, de las que usan las indias ricas.

El niño habló entonces a su madre y le dijo:

—Pára el burro. Pobrecito papá que viene cansado, y se bajó del burro. Ella lo cogió del brazo lo montó de nuevo en el burro y así lo llevó, siempre asegurado.

El hombre se fue, pues, a pie hasta la roca o cueva esa que era como casa y que ya había conocido antes. Al llegar allá, a la chama le dio lástima de él porque tenía los pies rajados de tanto caminar; lamió con cuidado sus pies y éstos quedaron curados en el acto. Porque ella lo quería. Y él estuvo allá como cuatro días.

Las otras gentes que eran como la familia de la chama, al tener noticia de la llegada del indio, salieron apresuradas a buscar leña y agua. La chama que conocía las intenciones de sus familiares, encerró a su marido en una especie de cuarto que había entre esas rocas, porque las otras gentes querían era cogerlo para matarlo y comérselo.

¹ Excavación hecha por los indios, de profundidad muy variable, en los lechos arenosos y secos de los arroyos, para buscar agua para sus necesidades personales, y para sus ganados.

La mujer lo cuidaba mucho, porque sus hermanos también lo querían para comérselo.

Por las noches, el indio salía a una como sala que había en las piedras y la mujer se estaba allí para cuidarlo. Pero una noche ella se acostó en su chinchorro y se quedó dormida. Los cuñados se apoderaron entonces del indio, lo mataron, lo echaron en la olla que habían tenido hirviendo con la leña que consiguieron y se lo comieron. Al hijito de la chama y del indio también lo cocinaron y se lo comieron.

La bestia y las alhajas del indio se perdieron.

RELATO NÚMERO 3, hecho por *Ana Isolina Ipuana*, de Jarara, y *Ana Ofelia Ortiz*, india de Nazaret.

Un indio se enamoró de una señorita, y resolvió comprarla para esposa. El hermano de esta señorita pidió por ella veinte reses y el hombre las entregó. Le otorgaron entonces la muchacha y él la llevó a su casa.

Cuatro hermanos de la mujer llegaron un día a la casa donde vivía el matrimonio y le rogaron a ella que dejara que su esposo los acompañara a cazar, ya que tenía diez maravillosos perros de cacería.

El cuñado salió con ellos y en el monte se partieron; unos fueron a la derecha, otros a la izquierda y así... se regaron.

Al cabo de un rato uno de los cuñados comenzó a gritar:

—Ay cuñado, ahí va el venao, y después de que gritó eso se presentó un tigre, y el indio, el marido de la muchacha gritaba:

—Ay cuñado, dónde estás que este animal me quiere comer.

Nadie le contestaba porque el tigre no era más que uno de los hermanos de la muchacha, que había tomado esa figura de animal.

El tigre se abalanzó encima de él y se puso debajo de un árbol a descuartizarlo, y terminado esto hizo la misma operación con los perros, que sucumbieron entre las garras del tigre.

Por la noche, después de que había recobrado su figura de hombre, regresó a la casa y contó a su hermana que su marido se había embolatado en el monte y que por más que había buscado no los había visto ni a él ni a los perros.

La mujer se puso a llorar.

—Tú tienes la culpa, ¿para qué lo convidaste si él no conocía tan lejos? Tú tienes la culpa, porque lo invitaste y no lo buscaste cuando se perdió.

—Ah, yo lo busqué. No llores, quizá otro día lo encontraré, dijo el indio a su hermana.

Durante tres días seguidos el hombre que se convertía en tigre hizo la farsa de buscarlo, y durante tres veces consecutivas, volvió donde su hermana diciendo que no lo había encontrado.

La hermana, empezó entonces a maliciar:

—El siempre llega lleno, lleno cuando sale a buscar a mi marido; ¿qué haría con él?

Resolvió entonces seguirle los pasos y atrasito, atrasito, atrasito, lo encontró durmiendo debajo de un árbol; cerca de él había una cecina extendida, que no era otra cosa que la carne de su marido y de los perros.

La mujer, entonces, volvió a la casa, buscó un machete y lo afiló para matar al hermano. Lloró mucho, recordando la cecina, que era su marido.

Con el machete bien afilado regresó al monte y de nuevo encontró a su hermano durmiendo debajo del árbol; alzó el arma, le cortó la cabeza y luego la partió en varias partes, vengando así la muerte de su marido.

(La muchacha que fue comprada por el hombre era chama porque su hermano comía gente. Explicación de las indias que hicieron el relato.)

LA ZORRA Y EL CONEJO

CUENTO NÚMERO 4, relato de *Clara Elisa Ortiz*, mestiza de Nazareth.

Había un conejo ¹ que tenía mucha hambre y andaba paseando, en busca de comida y no encontró nada.

Llegó, por fin, a la casa de una zorra ² que tenía diez hijos, la cual lo recibió y preguntó de dónde venía, a lo que el conejo respondió que venía de su casa en busca de qué comer:

—Yo vine aquí a ver si tú me das algo, dijo el conejo.

—Yo no tengo nada, dijo la zorra, pero si tú tienes tanta hambre quédate cuidando mis hijos mientras yo salgo a buscar iguaraya ³.

1 Género *Sylvilagus*.

2 Género *Urocyon*.

3 Futo del cardón — Género *Pilocéurus*.



Campesinos del altiplano



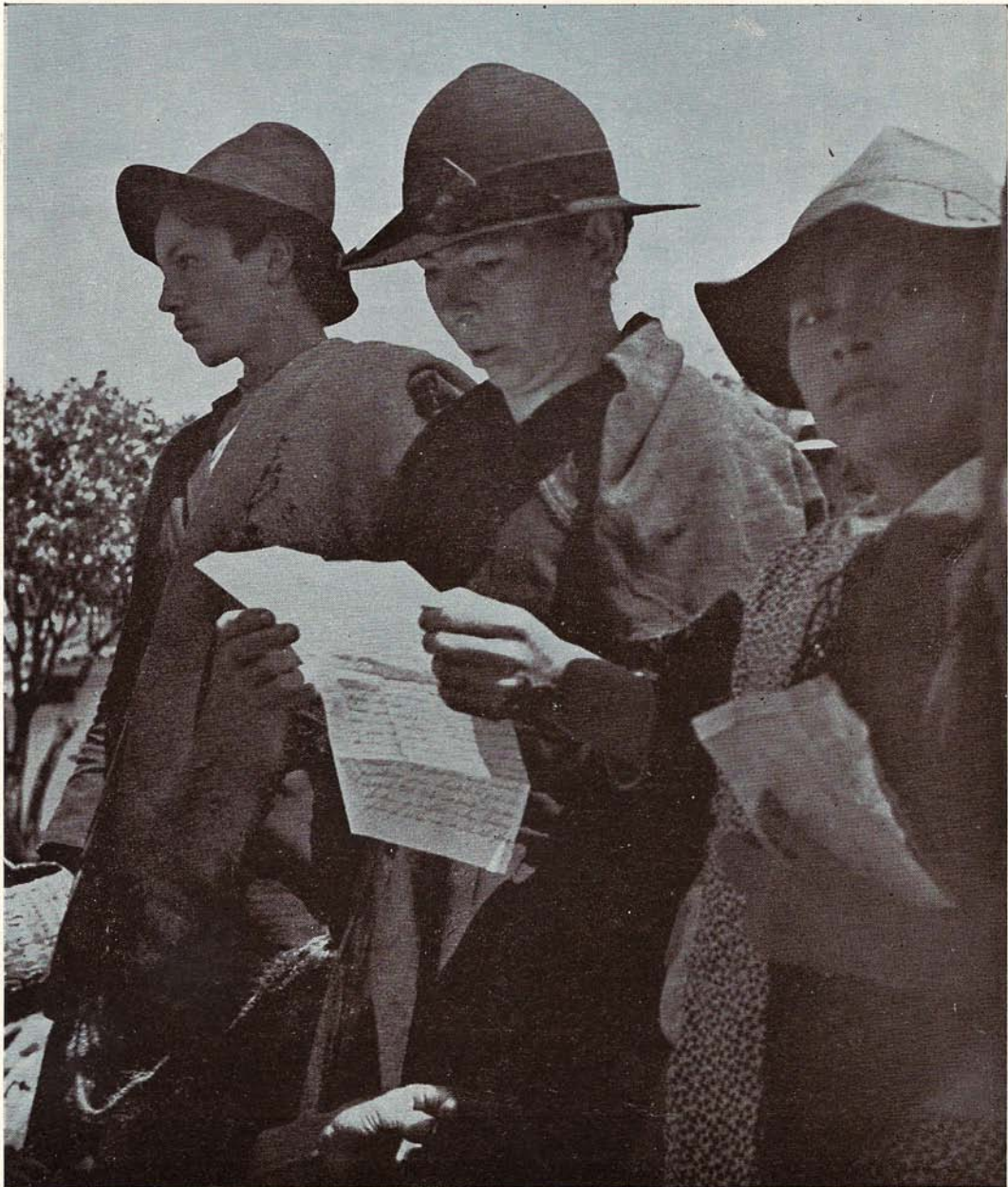
El amigo fiel (campesinos de Villa de Leyva — Boyacá)





Semana santa en Queclano (Boyacá)





La carta (campesinos de Albán — Cundinamarca)

—Bueno, dijo el conejo, yo me quedaré aquí meciendo tus hijos. En efecto, el conejo quedó con los hijos de la zorra y ésta salió con una mochila a buscar las iguarayas.

Durante la ausencia de la zorra, el conejo mató a nueve de los hijos de ésta y no dejó sino uno. Los cocinó, comió hasta hartarse y dejó la mitad de los zorritos para que comiera la zorra cuando llegara.

La zorra llegó.

—¿Trajo bastante iguaraya?, preguntó el conejo.

—Sí, respondió la zorra. —¿Y mis hijos dónde están?

El conejo respondióle que todos estaban durmiendo en la otra pieza.

—Tráelos para darles de mamar, dijo la zorra.

—Te los voy a traer uno por uno, dijo el conejo. Y traía y llevaba cada vez al único zorrito que había dejado vivo.

—Pero están bien llenos, porque no quieren mamar, dijo la zorra.

—Es que yo preparé una sopa y les di caldo de una carne que me trajo mi tío, dijo el conejo. —Te la voy a traer para que tú comas también.

El conejo trajo la sopa de zorritos a la zorra, y se dispuso a marcharse. La zorra, inocente de lo que pasaba, trató de detenerlo, para que comieran las iguarayas:

—Es que yo quiero ir al monte a ensuciar, fue la excusa del conejo para poderse escapar.

Cuando ella terminó de comer entró a la pieza a buscar a los zorritos y no encontró sino uno y le gritó al conejo: —Tú eres muy malo conmigo. El conejo salió corriendo y la zorra no pudo alcanzarlo.

—Qué risa me da de la zorra que come a sus hijos sancochados por mí, dijo el conejo, cuando iba monte adentro.

Como la zorra no podía alcanzar al conejo pidió al alguacil ¹ (gallinazo de cabeza calva y colorada) que le ayudara a matar al conejo que le había sancochado a sus nueve zorritos y se los había hecho comer.

El alguacil, que resolvió ayudar a la zorra, le dijo al conejo:

—Mira amigo conejo, métete en este hoyo que yo te voy a escon-

¹ Tiene también los nombres de gual y guara — género *Sarcoramphus*.

der para que no te mate la zorra. Pero esto no era más que un engaño de que se valía el alguacil.

El conejo se metió en el hoyo, y mientras estaba allí escondido, el alguacil fue a llamar a la zorra.

—Estáte allá cuidando que yo voy a llevar una pala para tapanlo, dijo la zorra al alguacil.

El alguacil regresó y tapó el hueco donde estaba el conejo, con ceniza caliente.

—Este me engañó, dijo el conejo; salió del hoyo donde estaba escondido y llamó la atención del alguacil:

—Mira amiguito mío que lindo es esto.

El alguacil miró, y el conejo aprovechó la oportunidad para echarle la ceniza caliente en la cara y en la cabeza que se le quemaron, y salió corriendo. Desde entonces el alguacil tiene la cabeza pelada y colorada, porque antes la tenía negra y llena de plumas como los gallinazos.

Ni el alguacil ni la zorra pudieron con el conejo. Se quedaron burlados.

